

# ENTRE ANTONIA Y SARA ACERCAMIENTO A UN MITO

**J**UNTO a Imperio Argentina, la única estrella mitológica del cine español, María Antonia Abad (brevemente, María Alejandra, y más tarde, definitivamente, Sara Montiel), empieza su carrera cinematográfica durante los años cuarenta, en breves papeles para Cifesa que cerraron una primera etapa al interpretar la Reina mora de «Locura de amor». Éxito que le permite un traslado a México, donde interviene en numerosas películas, para pasar posteriormente a Hollywood, donde es dirigida por Robert Aldrich, Sam Fuller y Anthony Mann, con quien contrae matrimonio y con quien, en vacaciones, viene a España en 1957. Juan de Orduña conecta con ella entonces y le propone «El último cuplés», película sin pretensiones que se realiza difícilmente. De nuevo en Hollywood, Sarita Montiel recibe la noticia de que la película en la que interpreta a la triste y desgraciada (pero gran artista) María Luján, es el record de taquilla más insospechado.

Y con él como base, se traslada de nuevo a España, de donde ya no saldría (cinematográficamente hablando) más que para breves incursiones en películas extranjeras, que no traspasaron la popularidad. Y así seguiría la racha de películas de cuplés, para pasar más tarde a películas con canciones en general donde siempre y con cualquier motivo el lucimiento de la estrella se convertía en protagonista total y eje de la película.

¿Qué tiene, quién es, cómo es, Sara Montiel, ex María Antonia Abad? Intentamos hablar con ella en un tono cordial, casi íntimo, que nos acercara no a un cotilleo biográfico, sino a las vivencias de quien de alguna manera ha protagonizado unos años de vida española. El resultado de nuestra charla es lo que ofrecemos a continuación.

**TRIUNFO.**—Revisando tu biografía se descubre en ti a una persona inquieta, que ha andado por México, y conectado allí con gente fundamental en nuestra cultura; por Hollywood, donde has trabajado con profesionales importantes; que ha viajado por todo el mundo y conocido y visto cosas de interés. Entonces, se supone que tendrías algo que comunicar a los españoles de esta vida tuya. Y viendo tus películas, en cambio, esa Antonia-Sara que debe haber detrás, no aparece nunca...

**SARA MONTIEL.**—Es que cuan-

do te planteas una película con personajes importantes, con un tema importante, a lo mejor viene la censura y te lo va cambiando todo, hasta que ya no lo puedes hacer. A mí me gustan las películas musicales. A mí, la música me gusta mucho. Toda, la moderna, la clásica, la actualísima... soy muy musical. Como la pintura, que me gusta todo tipo de pintura. Yo he tenido la suerte, o la desgracia, de que se me ha hecho una calle musical de un tipo determinado, y la gente me espera cantando, y si no canto, se puede quedar decepcionada. Y debido al «no puede ser» de la censura, me dedico a lo que es viable hacer. Una película musical en la que siempre haya una dignidad, y en la que veas que ha habido interés en hacerla y en la

que hemos podido poner todos nuestro grano de arena... Contestando más a lo que decíais, creo que en todas las películas que he hecho ha habido siempre algo de mí; hay algo de la persona que la está interpretando. El amor es para todos igual. Y la tragedia o el drama es también para todos igual. Cuando en la película le pasa algo al personaje, pues siempre será algo parecido a algo que le haya pasado a la Antonia... Los personajes de Platón son también parecidos a los de ahora... Pero no puedes intentar hacer una historia en la que los personajes tengan una vida importante, con una carga literaria importante, con una importancia creativa, si topamos con el «no puede ser». Te descuartizan la historia, y ya no puedes hacer algo tan

importante como lo de Unamuno, por ejemplo...

## «La Antonia» y el éxito

**T.**—¿A qué crees que es debido que Sara Montiel haya obtenido el éxito que tiene?

**S. M.**—Pues fíjate que no lo sé. Y esto es algo que hemos pensado todos. Pero que ninguno llegamos a entender. Porque, claro, que vayas a Barcelona, a Valencia, a Sevilla, y tengas éxito, pues es normal; después de todo, es algo de casa. Pero que en Moscú yo sea conocida... Que vaya a la Argentina y no haya entradas para verme, y me ponga a cantar tangos —que yo los canto horrosamente— y me lo consientan... Que vaya a México, que no tiene nada que ver con España, y ocurra lo mismo... He estado en Los Angeles, en Chicago, en Nueva York, y pasa igual. Y otra cosa que pasa es que en estos países hay un porcentaje alto de mujeres a mi favor. Y esto no suele suceder con una artista mujer, porque siempre las mujeres somos más celosas, nos rebelamos antes que el hombre. El hombre es más bueno y más puro.

**T.**—¿Y qué sensación produce ese éxito? ¿Tienes miedo de que termine?

**S. M.**—¡Hombre! Todos tememos que termine todo, como es lógico. Si te dijera que no, mentiría como una bellaca. A mí, el público me da mucha satisfacción, pero me pongo triste pensando que eso terminará algún día. Yo tengo la suerte, y he tenido la suerte, de haber trabajado mucho y de seguir haciéndolo, y todo lo que pueda hacer bien, pues lo hago. Si sale mal, pues, ¡hijo!, nada es perfecto...

**T.**—Sara Montiel tiene una imagen exterior —dentro de la profesión— de ser una mujer frívola, dictatorial, algo caprichosa...

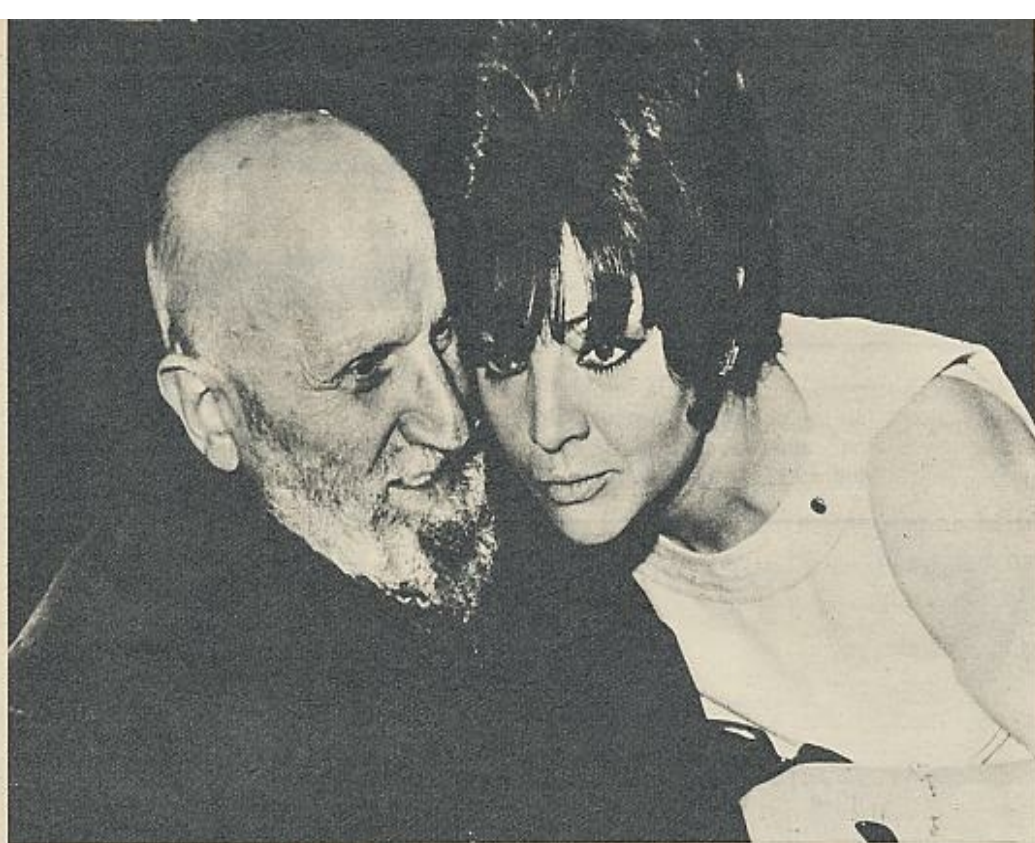
**S. M.**—Es que yo creo que la mujer debe ser caprichosa. Y yo, como soy muy mujer, creo que tengo que ser caprichosa. Y coqueta ya no digamos. Y no digo a todo que sí, como es lógico. Si veo a alguien que va un poquito equivocado, que no me cuaja, trato de decirle —siempre que sea en mi trabajo, ¿eh?— que las cosas van mejor de otra manera. Yo escucho muchísimo, muchísimo. Yo soy de escuchar, no de hablar.

**T.**—Hace un momento nos hablabas de la diferencia que hay entre Antonio y Sara, y decías que tenían que estar muy diferenciadas...

«Serenade» («Dos pasiones y un amor») iba a marcar el encuentro entre Sara Montiel y Anthony Mann, que posteriormente contraerían matrimonio. En las pruebas de maquillaje, y al lado de ambos, Mario Lanza.







Durante su estancia en México, Sara Montiel hizo amistad con varios intelectuales españoles exiliados. En la foto puede verse a la estrella junto a León Felipe.

S. M.—Es que una no tiene vida privada. Al no tener vida privada, porque, claro, de alguna manera tienes que pagar la carrera que tienes —sobre todo en ésta, que tienes que estar continuamente en la calle, como si dijéramos—, entonces, puede llegar un momento en que Sara sea un poco más hipócrita. Pero la verdad es que es muy poco. Y Antonia sería más sincera, más ella, más yo...

T.—Y hablando de Antonia, quiséramos que nos contaras cómo era esa chica que se fue a México para hacer cine. Al margen de su profesión, qué le pasa a Antonia en esos años...

S. M.—Bueno, vosotros sabréis —y si no lo sabíais, ahora os enteráis— que yo procedo de una familia muy humilde, pero muy unida y muy buena. He tenido unos padres maravillosos y tengo unos hermanos fuera de serie. Tuve una educación muy mala, sobre todo yo, porque en aquellos años, los cuarenta, no eran lo que hoy. Hoy es más fácil. Pero yo, sin ninguna preparación, sólo con intuición, intuición de valentía, con una intuición brutal, que es lo que he tenido y lo que tengo, me fui a México. En aquella época yo tuve la suerte de conocer a un matrimonio maravilloso, que me enseñaron a leer y a escribir un poco. Yo me fui a México con una curiosidad de saber, porque no había tenido oportunidad para nada. Y di con León Felipe y otras gentes muy amigas mías, y estuve conviviendo con ellos; ahí me formé un poco, en lo que pude, porque estaba trabajando. Me enseñaron, intelectualmente hablando, a saber leer. ¿Me explico?... Pero todo esto, trabajando y luchando. Yo tenía, y tengo, muchísima sensibilidad; era una chica que era como una esponja, y todo lo que me explicaban, yo lo quería aprender como fuese. Tuve un maestro maravillo-

so, que estuve en su casa viviendo, que nada más oyéndole hablar ya aprendía. Era don Alfonso Reyes. He sido y soy amiga de Rafael Alberti, y también me echó una mano... En fin, he estado siempre tratando de encontrarme con gente con la que yo aprendiera algo de ellos. Por lo menos, para escucharles. Eso me ha valido para no ser una paleta.

T.—¿Y Hollywood?

S. M.—Bueno; Hollywood no ha sido el sitio de mis sueños. Pero tuve amistad con dos personas muy importantes. Con Elia Kazan y con los autores de «West Side Story», que eran íntimos amigos de Tony. Conoci a estas personas a través de Tony, que en paz descanse, y era gente que me gustaba. Pero el resto, lo que era Hollywood, a mí nunca me entusiasmó demasiado. Quizá es que yo era muy mía, con unas raíces muy celtíberas. Además, en aquel momento, Hollywood declinaba ya a lo que es hoy.

### La gente mala y la juventud confusa

T.—Por todo lo que dices, la amistad es un hecho importante en tu vida...

S. M.—Sí, mucho. Y aunque yo sé que hay mucha maldad en la vida, que hay gente muy mala, también creo que hay gente muy buena. El que nace malo, ya puede tener el mejor estudio universitario, que no dejará de ser malo. De eso me he convencido ya a mis cuarenta años. Pero también reconozco que hay gente muy buena. Yo he encontrado gente muy buena y gente muy mala. Muy mala. Y con esta gente, no tengo una virtud. Y es que para mí, terminan. Y que terminan sin odio y sin nada; las ignoro por completo. Es una ignorancia tan grande la que siento por ellos, que yo muchas veces me asusto.

En cambio, con la persona buena, yo soy capaz de tirarme por un balcón para matarme, si es por esa persona. O sea, tengo las dos cosas muy igualadas, en el sentido de que soy totalmente hielo o soy un volcán. No tengo término medio. Soy apasionada. Y además, sin el amor no puedo vivir. No sé vivir.

T.—¿Y sería ese amor el que te ha llevado adonde estás ahora, o un ansia de triunfo?

S. M.—Meramente la palabra triunfo, no. Desde que yo era muy chica, muy chica, mi padre me llevaba a casa de los amos. Y desde que yo era así de chica, yo quería ser artista. Y a los cinco años, yo hacía teatro con las colchas de mi madre, y reunía a las amigas del barrio. Y yo las dominaba, porque, eso sí, dominar, todo. Cuando se veía a un carro de gente, ya se sabía que era cosa de la hija de Isidoro... Durante toda mi vida he tenido el empuje dentro de mí, de llegar. De llegar a hacer lo que a mí me gustaba hacer, que era actuar como actriz, como cantante, o sea, cómica. Este ha sido el objetivo durante toda mi vida.

T.—Y tu contacto con los escritores exiliados, con la izquierda que...

S. M.—Yo esto de las izquierdas o de los derechos no lo entiendo. Yo no sé si es de izquierdas Elia Kazan, no lo sé. Pero he tenido una gran amistad con él y he estado dando clases con él de actores... Mi marido sí era demócrata, como yo también soy demócrata, pero yo de política no entiendo absolutamente nada. La única cosa que yo odio es la guerra. La odio como no tenéis ni idea. La guerra la odio; odio a Hitler, odio a Churchill, odio a todo el mundo que ha metido guerra. La odio por completo. Si esos son de izquierdas, les nombro toda la familia. Y si son de derechas, pues más todavía.

¿Comprendéis? La guerra no me gusta. Estoy en contra de la guerra. Y también estoy en contra de la idiotez, porque no aguanto a un tonto. A un tonto que yo sepa que es más tonto que yo, no lo aguanto. Si es tonto como yo, pienso que tiene un poco de pase. Pero si lo es más, no lo aguanto.

T.—¿Y ese horror tuyo por la guerra es porque viviste una, y luego la posguerra?...

S. M.—No, no, no. Es porque la guerra es destructiva totalmente para todo el mundo. No creo yo que para hacer lo que sea, haya que ir matando a la gente. Eso no me cabe en la cabeza, y como persona humana que soy, no me gusta. Sobre nuestra guerra, yo era muy chica y no me ha marcado. Luego, con lo que he leído, me he enterado de lo del millón de muertos, y no me ha gustado nada, por supuesto.

T.—¿Tu vida hubiera sido igual si hubieras nacido en el año cincuenta?

S. M.—Bueno... Yo tendría ahora ventitrés años... Y seguramente no tendría la tranquilidad que tengo con cuarenta. Hoy día, en el mundo entero, la juventud es distinta por todo lo de atrás, por las guerras. El miedo y la inseguridad que tiene la juventud mundial, la hubiera tenido yo también. Tengo la suerte de tener cuarenta años y estar más centrada y reconocer el problema que existe actualmente, por tener los años de experiencia.

T.—¿Y por qué tiene miedo la gente?

S. M.—Mundialmente, porque, ¡hijo mío!, no se puede vivir con una inseguridad en el mundo; que de pronto, tiran la bomba atómica, que la guerra en China, que la guerra en Tai, que la guerra en Cua, que la guerra aquí, que la guerra con los palestinos, con los otros... Entonces, la juventud se encuentra con que vive con una angustia...

T.—Pero eso también te afecta a ti...

S. M.—Sí, claro; si los mayores también vivimos con angustia... Pero los mayores, por la experiencia de la vida que ya tenemos, lo tomamos con un poco más de filosofía.

T.—¿Cuál es esa filosofía?

S. M.—Hombre, pues que ya sabemos un poquito más... Puede parecer un poco egoísta lo que voy a decir, pero hablando por mí —que ya tengo cuarenta años—, pues veo un poquito más el peligro de lo que ha pasado y de lo que está pasando. Con diecinueve o veinte años, hay cosas que no puedes entender por muy inteligente que seas. Los golpes los tienes que recibir, y eso es la experiencia. Pero hay una gran confusión en el mundo entero...

T.—¿Cómo es esa confusión?

S. M.—No sé cómo es la explicación... Yo trato a muchos chicos y a mis sobrinos, y lo veo...



# AGFA-GEVAERT, O EL GENIO EUROPEO

Agfa y Gevaert son dos firmas que se han adelantado a la progresiva fusión de Europa.

Agfa Gevaert es, sin duda alguna, el gi-

gante europeo de la fotografía: Vende en 145 países y su producción anual de películas, alcanza la tremenda longitud de 132.000.000 de metros.

## El rombo Agfa y el pentágono Gevaert

Incluso hoy, años después de la fusión de Agfa y Gevaert para formar el consorcio europeo Agfa-Gevaert, se habla de este paso como un ejemplo de la integración económica de Europa.

Estas dos Marcas de renombre internacional representan hoy una fabulosa y dinámica empresa, cuya producción comprende más de 20.000 productos. Exporta a 145 países y su distribución abarca todo el mundo.

## La calidad Agfa

La fusión de las dos grandes empresas —Agfa y Gevaert—, ha conferido a la firma una gran concentración de fuerzas que, como consecuencia, han dado nuevos impulsos a la fotografía con descubrimientos, nuevas técnicas y mejoras en la calidad de los productos fotográficos.

La gran magnitud alcanzada por Agfa-Gevaert ha significado, ni más ni menos, que un compromiso de calidad. Así, por ejemplo, en el



Vista parcial de la Factoría de Nueva Delhi. Filial de Agfa-Gevaert en la India.

laboratorio, cinematografía, etc. El centro de Mortsel (Bélgica), está dedicado exclusivamente a la fotografía técnica e industrial, pe-

mera-Werk, igualmente en Munich, donde se fabrican todos los aparatos de este grupo de empresas, desde las populares cámaras Agfamatic y Sensor, hasta las máquinas reveladoras de radiografías y los complicados equipos electrónicos para laboratorios.

## Agfa: Centro de formación e información internacional

Son fabulosas las posibilidades de esta gran Empresa, que tiene empleados a 34 mil especialistas y que ha logrado introducir 20 mil productos en el mercado. Su responsabilidad ante los progresos alcanzados en fotografía, ha llegado a tal grado, que se ha visto obligada a preparar a su propio per-



Agfa-Gevaert posee el mayor museo fotográfico del mundo. Estas son algunas piezas curiosas de antaño.

sonal, a través de una instrucción intensa, rigurosa y profunda.

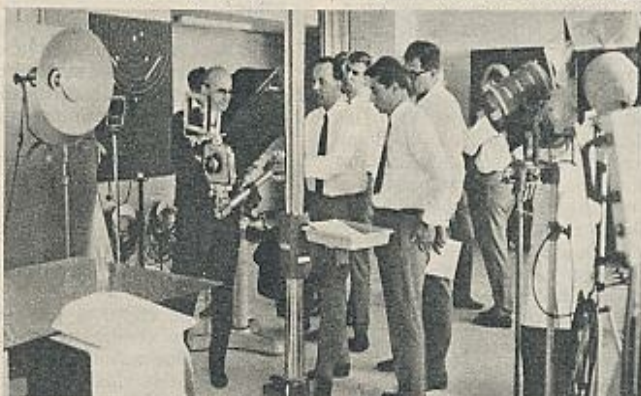
Incluso a Clientes y Vendedores se les procura instrucción especial, que rebasa la formación profesional normal. Tanto a Leverkusen y Munich, como a Mortsel, acuden anualmente miles de clientes y empleados, para realizar cursos sobre fotografía y documentarse sobre los numerosos campos de aplicación que esta técnica ofrece hoy en día.

## La historia se escribe con imágenes... Agfa

En los tiempos actuales, resulta lógico que empresas de la talla de Agfa-Gevaert sean noticia y ejemplo. Empresas que producen aparatos y materiales capaces de retener las imágenes de nuestra vida. Porque actualmente, la Ciencia, la Cultura y el Arte, se valen de esta técnica. Hoy la Historia se escribe con imágenes. El proceso fotográfico ha revolucionado totalmente el sentir y los gustos de nuestra época.

Ni las imágenes televisadas, ni el cine, ni los reportajes en revistas y periódicos, no podrían realizarse sin la ayuda que presta el material fotográfico: Agfa principalmente.

M. A.



Agfa-Gevaert organiza continuamente simposiums internacionales y cursos técnicos para aficionados y profesionales.

campo de la investigación, fueron sometidas a Registro por Agfa, nada menos que 1.000 solicitudes de invención o de marca, solamente durante los tres primeros años de fusión: ¡Una patente cada día!

## El servicio Agfa

Claro está que todo ello ha repercutido en beneficio del amateur y del fotógrafo profesional. Hoy en día, Agfa-Gevaert cuenta con una gran factoría en Leverkusen especializada en la producción de película, papel color y blanco y negro, productos químicos para La-

películas radiográficas para la medicina e industria, material gráfico y de reproducción, fotocopias y películas cinematográficas y de televisión, así como a los aparatos y películas destinados al microfilm, un campo que nos deparará muchas sorpresas en el futuro.

Además de las factorías Leonar en Hamburgo y Mimosa en Kiel, que producen una considerable parte de los papeles fotográficos utilizados, existen las de Perutz en Munich, de donde proceden películas blanco y negro y color. Muy importante es también la fábrica Cá-



Foto de Rayos X con material Agfa-Gevaert, que contribuye eficazmente a los avances de la Ciencia y la Medicina.



## ENTRE ANTONIA Y SARA

Yo he estado ahora en los Estados Unidos, y allí ocurre algo que, gracias a Dios, todavía aquí tenemos la suerte, ¡y escucharme bien!, de que a mediodía coman los padres con los hijos, y de que por la noche, la mucha o la poca comida que haya, se come con los hijos y los padres. Esto, fuera no se hace... Todavía, pues, mira, es un confusiónismo, pero hay un cariño a la familia en España, al padre, a la madre. Y esto te suaviza las otras cosas que haya...

**T.**—Y ante ese desconcierto, ¿tiene el artista alguna obligación moral para aclararlo?

**S. M.**—Un pintor o un escritor sí pueden hacer más por esto. Pero no me vas a decir a mí que haciendo una película voy a salir gritando: «¡Estar unidos!...». Mi compromiso moral está con mis sobrinos, con mis hermanos. Si yo salgo a una sala de fiestas y el público va a verme, la única cosa que yo hago es que procuro que los precios sean baratos para que la gente que a mí me admira o que se siente feliz al verme no tenga que desembolsar mucho dinero, porque los sueldos están muy mal. Soy muy asequible al público, porque yo siempre trato de ir a sitios donde pueda poner un precio —no como empresario, porque yo nunca lo he sido; yo siempre he sido explotada por los productores, y sigo siendo explotada— que no sea demasiado alto para el público que va a verme.

### Ante el público

**T.**—¿Qué crees que le das a ese público que te admira? ¿Diversión, evasión, belleza, arte?...

**S. M.**—En mi modesta opinión, yo lo que procuro es serles agradable. A mí, el público, la masa, la gente, me encanta. Me gusta mucho. En mis actuaciones, por ejemplo, hago algo que no hacen otras artistas, tanto de España como del extranjero. Ellos actúan siempre en el escenario. Y yo siempre procuro bajar y subir a los pisos de arriba para tener contacto con el público, porque me gusta tenerlo. Y si es un público modesto, bonachón, de esos que no han podido, pero que han hecho todo lo posible por ir, pues me gusta más trabajar con ellos que para un público de esmeraldas. Y que conste que yo siempre he tenido un público maravilloso, tanto el de perlas como el de no perlas. Mira, hace unos días me encontré con una condesa en una peluquería de señoras. Ella hablaba del servicio con otras señoras, y les decía: «¡Ay, estoy encantada con una chica estúpida que tengo, y que es una prima hermana de Sara Montiel!». Y yo le dije: «¡Ay! ¿sí? ¿Una



Sara y Luis García Berlanga. Estamos en febrero de 1968. Se rueda «Tuset Streets», con el autor de «El verdugo» en un corto papel. La ruptura entre la protagonista y el director del film, Jorge Grau, se produciría poco tiempo después.

prima hermana mía?». Y ella se puso nerviosa, y me decía: «¡Ay!, perdone, no me había dado cuenta de que estaba usted ahí», y yo le decía: «No, no, no. Dígame usted cuál de ellas, porque tengo varias sirviendo». Y se quedó la mujer cortada, y es una mujer estúpida, muy buena señora...

**T.**—¿Cómo crees que te ve el público?

**S. M.**—Yo creo que me ve como una mujer con soledad, que tiene que protegerme, y que, al mismo tiempo, no les hiero. Por muy bella que yo haya podido salir en algunas películas, y aunque cante, yo creo que cuando me ven en la pantalla —sea en los personajes que sea— me ven muy de verdad, sin herirles. Si sufro, ellos no quieren que sufra. Si fracaso en el amor, ellos no quieren que fracase en el amor. Yo os aseguro que es un espectáculo verme actuar en cualquier parte. La gente hace cosas increíbles. Y yo... ¡no hago nada! Porque no canto, y no hago nada, porque la verdad es que no hago nada... Yo reconozco que Raphael, Mina o Bar-

bra Streisand cantan de maravilla. Y yo, no. Esta pregunta vuestra me la he hecho yo mil veces. Un día hablábamos de esto en Palma con Miguel Ángel Asturias. Y yo se lo preguntaba, porque él es un tío de talento, un tío psicólogo, un tío que no va más... Y él me lo decía. Es que yo no daño. Se me ve muy verdad. Yo creo que cuando actúo en el teatro —que soy mejor que en el cine, porque en el cine soy pésima—, lo que ocurre es que al mismo tiempo que el espectador se identifica conmigo, yo me identifico con ellos. Y soy sincera. Y fijaros bien —y esta es una cosa psicológica de pensar y repensarlo— que a mí la mujer no me quiere ver mal, porque se ofende. ¡Y fijaros si tengo que envejecer un día y tengo que terminar! Yo tengo que estar siempre muy joven, muy guapa y muy maravillosa, y yo no estoy ni joven, ni guapa ni maravillosa. Me arreglo un poco, y dice: «¡Qué monal!», pero nada más.

**T.**—¿Te consideras una mujer tradicional?

**S. M.**—Bueno, es que yo, en realidad, me he hecho un poco más fuera de aquí. Con una mentalidad un poco más amplia. Bastante más amplia que la celtibera. Yo creo que no tengo la mentalidad mínima de la mujer española, ni tampoco la del tope. Tengo otro modo de pensar, de ver la vida, de entender cuándo las cosas son pequeñas, y que para otra mujer son problemas terribles... Tengo una mentalidad bastante amplia...

**T.**—Y hubieras sido igual de no haber sido actriz?

**S. M.**—No te lo puedo decir, porque es imposible de saber. No sé. Quizá si me hubiesen dado estudios, yo podía haber sido un médico sensacional, o un abogado sensacional, o un músico sensacional. Quizá hubiese sido músico o pintora. Quizá... Pero yo creo que he ido siempre muy derecha a lo que he sentido. Y en cuanto a mujer, hubiera sido lo mismo de mujer, porque yo soy una mujer muy femenina, muy sensible, que ama y que respeta mucho al hombre.

**T.**—Hace un momento hablabas de lo que te había costado llegar a ser lo que eres. ¿Ha valido la pena ese esfuerzo?

**S. M.**—Sí, claro. Yo, ni en sueños podía pensar que podría haber trabajado como lo he hecho, ni que podría haber conseguido todo esto. De acuerdo en que esto no significa mucho, pero no tener nunca nada y que mis padres y mis hermanos trabajaran toda la vida y no consiguieran nunca nada... Yo he tenido la suerte de haber conseguido algo, porque otra gente con mucho más talento que yo y mucho mejor que yo, no lo han podido conseguir. Esto mío es una suerte, y tengo que estar agradecida a toda la gente que me ha ayudado... Que no puedo hacer una película fuera de serie, pues... ¡bueno!, en España no se hacen películas fuera de serie. Y si las queremos hacer, no nos dejan ¿Qué hacemos, entonces? ¡Pues lo que nos dejan!

**T.**—Si aquí mismo pudiéramos ver una proyección de una hipotética película de tu vida, ¿qué pensarías, como espectadora, de ella?

**S. M.**—Si se pasase esa película, pues a lo mejor no sería apta para nadie. Tendrías que ir a Perpignan a verla... Pero, bueno, es que yo no me veo nada especial. Encuentro que soy muy normal, aunque quizá más inquieta que otra chica española. Yo sólo sé que he trabajado, que me he sacrificado, que he hecho películas, unas buenas y otras regulares. Pero me parece que he hecho lo que he sabido hacer y lo que he podido. ■ Entrevista registrada en magnetófono por DIEGO GALAN y FERNANDO LARA.